

y en el intercambio de «e-mails» con los diaristas, hasta que se produce su definitiva «conversión» en este particular camino de Damasco, cuando lee el *Mongolo's Diary (almost)*, verdadera estrella de los diarios estudiados, y el que más ampliamente se reproduce en la antología de nueve que Lejeune publica también en este libro. La lectura le hizo caer el velo de los prejuicios, pues muchos de éstos, más allá de ser un parloteo insustancial, dan sobradas muestras de reflexión y preocupación sobre el mundo y sus problemas.

Lejeune, que destaca la dificultad del terreno estudiado, la rapidez con que cambia, su desarrollo escaso todavía o su tendencia a organizarse en «círculos», renuncia a cualquier conclusión definitiva sobre un terreno tan móvil, pero hace balance de sus descubrimientos, comunica las sorpresas agradables y también las dudas. Frente al diario tradicional, Internet introduce la posibilidad de una transmisión instantánea (basada en otro concepto de tiempo que no puede aguardar la demora forzosa ni la maduración y acumulación paulatinas de la práctica tradicional). La difusión *on line*, en teoría ilimitada a todo el mundo e interactiva entre autor y lector vía «e-mail», convierte de hecho una escritura personal y solitaria en un diálogo inmediato y cómplice. Los intercambios entre los diaristas, sobre todo del mismo «círculo», son numerosos. Se leen entre ellos, aparecen en los diarios de los otros,

comentan las entradas de los demás, contestan a sus lectores, se influyen y se relacionan a través de encuentros «reales». Es lo que Lejeune llama la «convivencialidad» de los diaristas de la Red. De hecho los enmascaramientos o los pseudónimos utilizados por los diaristas, que en principio parecerían contradecir la regla básica del «pacto autobiográfico», esconden su identidad sólo a medias, pues el «e-mail» no lo permite totalmente. Son máscaras pensadas para protegerse de sus próximos o conocidos y del público general y se aseguran la transmisión selectiva del diario entre los afines. La difusión electrónica del diario patentiza, por extraño o paradójico que parezca, la necesidad de un destinatario o interlocutor en la construcción de la intimidad, de una mirada exterior, de una forma simpática de compartir lo vivido y de la aprobación en la forma de contarlo. En fin estos diarios demuestran que el actual concepto de lo íntimo está en mutación (y confiamos que alejado del uso zafio que muchos medios de comunicación hacen de él). Demuestran que nos hacemos y somos en relación con los demás. Lo íntimo no existe en sí mismo, sino como resultado de un diálogo con el otro, en el que de manera inevitable se mezcla y se superpone con lo privado y con lo público. Este giro hacia el otro no es una traición a los secretos del yo, sino el cumplimiento de su deseo más profundo, la comunicación con un

interlocutor amigo en la que el diario se convierte en una síntesis de la escritura íntima y de la epistolar. Como dice un diario que recoge Lejeune: «Yo diría incluso que esta transparencia me vuelve más fuerte. No me escondo, me expongo. Se ha convertido en mi liberación.» A manera de resumen, podemos destacar lo que anota Lejeune al final de su diario de campo: «Llevar un diario en el ordenador no es más artificial que en el cuaderno. Cambia simplemente la relación con la escritura. (...) Internet abre un nuevo modo de comunicación que desplaza las distinciones a las que el papel nos había habituado hasta el punto que temíamos poder perder allí nuestra alma».

Post-scriptum. Un libro sobre los diarios en Internet no podía acabar sobre papel, sino en la Red misma (¡nobleza obliga!). Quince días antes de aparecer en las librerías, y durante los meses de octubre y noviembre de 2000, Lejeune llevó un diario a manera de epílogo abierto sobre las expectativas personales, las reacciones de acogida, la continuación de la investigación o la cita «real» en el Pont des Arts sobre el Sena con Mongolo, verdadero «héroe» de este «viaje». Lejeune lo puso en su página web, «Autopacte», y allí se puede leer todavía. Es hasta hoy la última entrega de un excelente, ameno y sugerente trabajo, que queda por ahora necesariamente abierto.

Manuel Alberca

De un extraño rigor*

Quizás sea el concepto de sustancia en la formulación de Spinoza uno de los más característicos de la tradición occidental: «Aquello que es en sí y se concibe por sí; esto es, aquello cuyo concepto, para formarse, no precisa del concepto de otra cosa». Una completud perfecta cuya única forma sería Dios pese a que, equivocadamente, también los hombres tienden a pensarse a sí mismos como sustancias. Alimentados también de un *conatus*: perseverar en el ser. La sustancia, en definitiva, como una perfecta esfera parmenídea de la que intentamos hallar formas –más allá de Dios como metáfora– en el sujeto o en el lenguaje. Todos ellos, por seguir aludiendo a Spinoza, como distintos atributos de la esencia. Mejorar el conocimiento sería también hacerse conscientes de la trabazón interna que constituye la homogeneidad.

Una completud interior capaz de alcanzar la forma de un sistema tal como ocurriría en la ciencia. No

* *Maurice Blanchot.* El instante de mi muerte – La locura de la luz. Traducción de Alberto Ruiz de Samaniego, Madrid, Tecnos, 1999; La bestia de Lascaux - El último en hablar. Traducción de Alberto Ruiz de Samaniego, Madrid, Tecnos, 1999; La comunidad inconfesable. Traducción de Isidro Herrera, Madrid, Arena Libros, 1999.

puede extrañar por tanto, señala Blanchot en uno de sus textos, que la cultura esté ligada al libro o, más precisamente, a la ley del libro en la que se articularía la presencia de un significado, de un significante y de un sistema de relaciones. Donde el lector puede perseguir la huella de la presencia de un autor personal hasta encontrar el sentido de lo que éste quiere decir. De ahí que Sócrates, según Blanchot, rechace tanto la escritura, la palabra sagrada, o el silencio en la medida en que parecen remitirse a lo impersonal en vez de a hombres concretos preocupados por la verdad.

¿Cómo hablar de Blanchot si precisamente su escritura quiere impugnar la ley del libro a la que nos referíamos anteriormente? ¿No es contradictorio preguntarnos por la intención de su obra? ¿No resulta paradójico atribuir a su obra —que quiere ser una «desobra»— un sentido, identificar constancias en las que una serie de términos —afuera, ausencia, diseminación...— remiten a unos significados que, por serlo, tienen una cierta homogeneidad? No es difícil, en efecto, constatar una serie de repeticiones casi obsesivas. En último término, se desea escapar a la homogeneidad del ser, a la «afirmación de lo Mismo», sea este concebido como Dios, libro, sujeto o autoridad. Ahora bien, la tendencia a la repetición es constitutiva, como vieron Freud o Musil (Blanchot cita al primero), del grupo humano ordinario al que le resulta,

además, incómoda la heterogeneidad, la novedad, en definitiva, lo que no acaba de encajar.

De esta forma, la desobra de Blanchot modificando rasgos fundamentales de la cultura, persigue construir una nueva modalidad de discurso que, sin embargo, no quisiera definirse únicamente como movimiento de negación. «Nunca la ausencia del libro se concibe sólo a partir del libro y como su única negación». Quiere ser, sí, desconstrucción, disolución del discurso homogéneo de la cultura. Pero quiere, también, contribuir a nuevo tipo de escritura, al «libro que vendrá» (tal como se titula uno de los suyos). Escritura que se ha autodefinido como «desconstrucción de la obra» en búsqueda de una escritura por venir que rechaza los significados fijos y persigue heracliteamente no un fijar, un decir, sino una indicación. Quizás Blanchot no esté lejos de la dualidad «pensar poético» / «pensar racional» (Giambattista Vico y Antonio Machado, por ejemplo) cuando se refiere a dos direcciones diferentes: «el lenguaje del pensamiento y el lenguaje que se despliega en el canto poético». Alentar la homogeneidad o la heterogeneidad. El primero persevera en la búsqueda de la verdad y hace posible la intersubjetividad; el segundo lo halla Blanchot en la palabra pura que da sentido a lo sagrado; la cual se manifiesta en obras poéticas como las de René Char o de Paul Celan. En ese

segundo caso, se desdeña la completud y se insiste en la libertad del afuera. Una escritura, como afirma Celan de la suya propia, que apunta «a lo Abierto, lo vacío, lo libre». De ahí la afinidad que Blanchot reconoce con la suya propia. Pues se halla siempre en camino, haciendo difícil la intersubjetividad, pues la impersonalidad de este lenguaje que habla sin sujeto reniega de la ley del libro. Se constituye como sombra de esa cultura que desconstruye al tiempo que la completa. Ésta es, a mi juicio, la pretensión, que a veces roza lo exagerado, el tic lingüístico («la pasión»), el malditismo, como cuando afirma que sólo de lo prohibido puede venir lo que hay que decir. O, como se transparenta, en el relato de Marguerite Duras que Blanchot glosa largamente en uno de sus textos.

En la base del discurso hay también una concepción antropológica —coherente con la ontológica a la que aludía anteriormente—, antiespinoziana, la interrupción de «la pretensión de perseverar siempre en el ser», la aspiración a salir de sí mismo. Una negación de la sustancia ya que, de acuerdo con Bataille, el ser está regido por un principio de insuficiencia que no busca ser corregido, sino que persevera en la incompletud. De ahí que los modos del ser comunitario no constituyan sino ilusiones. Quizá con Spinoza errores, ilusiones, de la imaginación.

Rafael García Alonso

Epistolario de Julio Cortázar*

Julio Cortázar (1914-1984) es un nombre que siempre despierta interés. Sus cuentos, novelas, poesía y ensayos, dan testimonio de una habilidad en verdad encomiable, extremadamente rigurosa y coherente. Desde aquel Cortázar recién llegado a París en el 51, fecha en la que edita su primer libro de cuentos, *Bestiario* (en ediciones semisecretas había publicado un conjunto de sonetos, *Presencia*, y un poema dramático, *Los Reyes*), hasta el último de los años ochenta, tan convencido del castrismo e implicado de un modo total en la causa del movimiento sandinista y en las cuestiones relativas a los derechos humanos del Tribunal Bertrand Russell, media —con títulos tan referenciales para la literatura en castellano como *Rayuela*— la práctica fructífera de varios decenios de una actividad literaria y social casi incansable. De su hacer como escritor, ahí quedan los testimonios

* *Julio Cortázar, Cartas*. Alfaguara, 2000. Edición a cargo de Aurora Bernárdez. Tres volúmenes. 1838 páginas.